

Un sueño para Luna

Víctor Aldea

Ilustraciones
Ona Causa





1

Luna pierde un sueño

El lunes por la mañana, cuando se despertó, Luna se dio cuenta de que había perdido un sueño.

Bostezó, con los ojos aún dormidos, se incorporó, quedó sentada en la cama y se puso a pensar un buen rato.

No recordaba si el sueño que había perdido era un sueño largo o corto, si era un sueño dulce o amargo, si era un sueño amable o antipático, si era un sueño en blanco y negro o en color.

Se rascó una mejilla y se miró los pies para ver si recuperaba la memoria. En silencio, sentía los latidos de su corazón. Seguían un ritmo. Como si quisieran contarle un secreto. Como si marcaran

el ritmo de una historia. Y escuchó su corazón con atención. Pero nada.

El corazón solo le decía que había sido un sueño importante.

Importante como la familia.

Importante como los amigos.

Importante como los días de fiesta.

Importante como la colección de tréboles de cuatro hojas que guardaba entre las páginas de los libros que más le gustaban.

Importante como el día en que su familia llegó en barco al puerto de la ciudad para empezar una nueva vida, lejos del sol, de la brisa, de los sabores y los olores de su tierra. Lejos de la guerra que los había echado de la tierra en la que habían nacido.

Importante como el poco equipaje con el que subieron al barco y que estuvieron a punto de perder al llegar a tierra después de seis semanas en altamar.

El polvo del sueño que Luna llevaba pegado en los párpados le susurraba al oído que debía recuperar aquel sueño, que debía encontrarlo y volverlo a soñar. Para no olvidarlo.

Luna tenía por costumbre recordar sus sueños, y, para revivirlos siempre, los escribía nada más despertarse. Era lo primero que hacía al abrir los ojos.

Muchas veces, sin embargo, se encontraba con un sueño delfín. Había leído en un libro que los



delfines tienen la piel muy resbaladiza y resulta complicado atraparlos. Como los sueños que Luna olvidaba.

Pero Luna sabía que aquel sueño era demasiado importante como para olvidarlo.

Se puso a buscarlo por toda la habitación.

Debajo de la cama.

Encima de la mesa.

Dentro de los cajones.

Entre la ropa.

Detrás de los libros.

Luna sabía, lo había leído en otro libro, que los sueños podían ser dúctiles y maleables.

—¿Qué significa «dúctil y maleable»? —le había preguntado a su abuela, hacía tiempo, antes de que muriera.

—Cuando quieres darle forma a algo con las manos y ese algo te permite acercarte y se deja acariciar. Cuando parece que ese algo te sonríe y cambia de forma, entonces acabas de encontrar algo dúctil y maleable —le contestó la mujer mientras hacía un tapete de ganchillo.

—Pero los sueños no pueden tocarse —protestó Luna, que no comprendía las palabras de la abuela.

—Tienes toda la razón, cariño, pero sí puedes imaginar que los tocas. La imaginación es las manos de los sueños.

Y ahora Luna recordó aquellas palabras de la abuela.

«Quizá tengo que imaginar dónde he perdido el sueño y, a lo mejor, así lo encuentro», pensaba la niña en voz alta sin dejar de buscar con la punta de los dedos. Como si quisiera encontrar el sueño en el aire.

La habitación de Luna no era muy grande. Tampoco era muy pequeña. Luna tenía un cuarto mediano.

Había una cama mediana.

Había una mesa no muy grande.

Había un armario no muy pequeño.

Había libros.

Muchos libros.

Libros para dar, tomar y regalar.

Desde el suelo hasta el techo. De una pared a la otra.

La biblioteca de Luna parecía no tener principio ni fin.

Luna se había acercado al balcón y había cerrado la puerta. Aquella noche había dormido con la puerta del balcón entornada: le había apetecido dormirse mecida por el sonido de la calle.

Las bocinas de los coches, el arrullo de las palomas, el batiburrillo de las conversaciones de la gente que paseaba o corría de un lado para otro, el humo de las comidas que se mezclaba en un abrazo de olores y sabores irresistibles.

Durante sus primeros años de vida, aquel había sido el mundo de Luna.

Había enfermado pocos días después de la llegada al nuevo país. La travesía por mar había sido muy dura, y la pequeña había caído víctima de una fiebre gravísima. La temperatura de su cuerpecito había subido tantos grados que parecía que iba a quemar las sábanas de la cama. En casa se pasaron los primeros siete días bañándola en agua fría y vinagre para espantar la fiebre.

Por supuesto, en aquella época Luna era demasiado pequeña como para que ahora recordara nada de todo aquello. Pero sus padres, sus abuelos y su hermano, sus vecinos y su médico tenían muy buena memoria y no les importaba contarle la misma historia. Una y otra vez. La misma historia, que ya no era la historia de siempre, porque, cada vez que la contaban, la historia era un poco diferente.

Y la historia cuenta que el tiempo pasó y Luna se recuperó. Y llevó la vida normal de una niña normal: iba a la escuela, aprendía cosas, compartía secretos con sus amigos, se peleaba con su hermano, le gustaban los caramelos, se pirraba por el chocolate y odiaba el pescado, el brócoli, el jarabe para la tos y madrugar.

Su momento del día preferido era cuando llegaba a casa, abría la puerta de su habitación y se encontraba con sus libros. Todas aquellas historias

que parecían alegrarse cada vez que Luna las rozaba con los dedos y las abría con los ojos.

Leía y releía sin parar los libros que llegaban a casa casi a diario: su padre había encontrado trabajo en una imprenta y su jefe le dejaba llevarse un ejemplar de todos los libros que quisiera. Eso sí, con la condición de que los leyera y le diera su opinión...

En realidad, quien los leía y quien daba su opinión era Luna, pues su padre no tenía mucho tiempo. Al salir de trabajar, llegaba a casa con los ojos demasiado cansados para leer.

Y a través de la lectura, a Luna le parecía que el mundo en el que vivía era menos tosco, menos agresivo, más generoso y más silencioso.

Lo que leía en los libros la ayudaba a entender mejor el mundo en el que vivía.

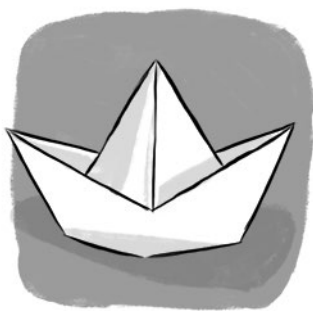
Y no era que el mundo de las personas no le gustara. Era solo que el mundo de los libros le gustaba más. Y santas pascuas.

Pues esta era la historia de Luna. Y, mientras pensaba en su historia, la niña no se olvidaba de buscar el sueño que había perdido al despertarse.

Lo había buscado por todos los rincones de la casa y no lo había encontrado. En la casa no había ni sueños ni nadie de la familia. Todos se habían marchado a trabajar, y ella había podido despertarse tarde, porque aquel día no había escuela. No

sabía muy bien por qué, pero ¡lo importante era que tenía todo el día por delante para hacer lo que quisiera!

Cuando decidió salir a la calle en busca del sueño perdido, ya era mediodía. Se puso el abrigo, fue a por un poco de fruta y unas galletas. Lo metió todo en la bolsa de tela con la que siempre salía de casa, abrió la puerta y bajó las escaleras hacia la calle.



2

Los barcos de papel

Cuando salió a la calle, Luna vio que se había puesto a llover. Subió de nuevo a su casa, abrió el armario de su habitación y se colocó el abrigo con capucha y las botas de agua que le habían regalado por su último cumpleaños.

Trap, trap, trap.

Splash, splash, splash.

Swish, swish, swish.

Las botas de agua andaban.

Las botas de agua chapoteaban.

Las botas de agua resbalaban por las calles.

Luna respiró hondo.

El fresco de la lluvia había barrido el bochorno

de los últimos días de verano y la tarde comenzaba a saber a otoño.

Algunos de los árboles de las aceras mudaban de hojas y pintaban el suelo de color gris plateado y marrón tostado. Como si fueran pedacitos de estrella y migas de meteorito que hubieran caído a la tierra. Si Luna cerraba los ojos y andaba, le parecía estar pisando rebanadas de pan crujiente.

Crunch, crunch, crunch.

Se le escapó la risa. Y encima le pareció que se le despertaba el gusanillo del hambre en la barriga.

Y se comió dos galletas.

La gente del barrio corría a guarecerse bajo los toldos de las tiendas.

Los vendedores ambulantes corrían a proteger mercancía y cabezas bajo las marquesinas de los edificios.

El chaparrón duró un suspiro. Cinco o seis minutos, pero llenó las calles de agua y convirtió las calzadas en un lodazal.

Luna bajó los ojos y algo le llamó la atención. Por el bordillo se acercaba un barco de papel.

Primero uno.

Y luego otro.

Y otro.

Y uno más.

La flota de papel navegaba en línea recta. Como si fuera un desfile en carnaval.

Los barquitos estaban hechos con papel lleno de letras. Como si alguien hubiera reciclado las hojas de un periódico, de una revista o de un libro.

«¿Quién arrancaría las páginas de un libro para hacer barcos de papel?», se preguntó Luna. Se acercó al bordillo, se agachó y agarró una de las embarcaciones. Las otras se las tragó la boca de una alcantarilla.

La niña desplegó la hoja con la que se había hecho el barco y leyó:

Al poco ya había recuperado su sombra y con el entusiasmo se olvidó de que había dejado a Campanilla encerrada en el cajón.

Lo único que pensaba, aunque no creo que pensara jamás, era que su sombra y él, cuando se juntaran, se unirían como dos gotas de agua y, cuando no fue así, se quedó horrorizado. Intentó pegársela con jabón del cuarto de baño, pero eso también falló. Un escalofrío recorrió a Peter, que se sentó en el suelo y se echó a llorar.

Sus sollozos despertaron a Wendy, que se sentó en la cama. No se alarmó al ver a un desconocido llorando en el suelo del cuarto; solo sentía un agradable interés.

–Niño –dijo con cortesía–, ¿por qué lloras?

Peter también podía ser enormemente cortés, pues había aprendido los buenos modales en las ceremonias de las hadas, y se levantó y se inclinó

ante ella con gran finura. Ella se sintió muy complacida y lo saludó con elegancia desde la cama.

–¿Cómo te llamas? –preguntó él.

–Wendy Moira Angela Darling –replicó ella con cierta satisfacción–. Y tú, ¿cómo te llamas?

–Peter Pan.

Luna recordó que había leído el libro de Peter Pan, el niño que no quería crecer y que había perdido su sombra. La historia le había gustado mucho, e incluso en algún momento había querido ser como Peter Pan: hacer lo que le diera la gana y no hacer caso de los mayores, poder volar hacia la isla de Nunca Jamás, hacerse amiga de los indios, nadar con las sirenas, ser jefa de una banda de niños perdidos y pelear con un pirata a golpe de sable.

Sacudió la hoja mojada del libro, la dobló y se la guardó en un bolsillo del abrigo.

Sentía curiosidad por saber de dónde venían aquellos barquitos y subió por la calle sin levantar la vista del bordillo.

Anduvo unos cien metros y dobló por una esquina. Al final de la calle había una torre redonda, de tres pisos.

Estaba rodeada de árboles. Luna vio que otro barquito de papel navegaba por el agua del bordillo en dirección hacia ella y lo rescató de la alcantarilla.



De pronto saltó cerca de ella un conejo blanco de ojos rosados.

No había nada muy extraordinario en esto, ni tampoco le pareció a Alicia muy extraño oír que el conejo se decía a sí mismo: «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Voy a llegar tarde!». (Cuando pensó en ello después, decidió que, desde luego, hubiera debido sorprenderla mucho, pero en aquel momento le pareció lo más natural del mundo). Pero, cuando el conejo se sacó un reloj de bolsillo del chaleco, lo miró y echó a correr, Alicia se levantó de un salto, porque comprendió de golpe que ella nunca había visto un conejo con chaleco, ni con reloj que sacarse de él, y, ardiendo de curiosidad, se puso a correr tras el conejo por la pradera, y llegó justo a tiempo para ver cómo se precipitaba en una madriguera.

Luna también se había leído aquel libro, *Alicia en el País de las Maravillas*. La verdad es que no le había gustado tanto como *Peter Pan*.

Tenía que salir de dudas.

Sacudió la hoja de papel mojada, la dobló y se la guardó en un bolsillo del abrigo.

Se dirigió a la torre redonda de tres pisos rodeada de árboles y, sin llamar, entró.

La puerta estaba abierta...